

gros, así de cuerpo como de alma. Si la impiedad os pregunta con maliciosa curiosidad qué significa el escapulario, respondedle que es una prenda del cariño y de la protección de María. Si se chancea del aprecio en que le teneis, y de la gloria que poneis en llevarlo encima, replicadle que el militar se honra en sus galones y entorchados, y el magnate en sus cruces y toisones. Si insiste en inquirir de qué sirve y cuál es su utilidad, decidle que por respecto de él el Omnipotente obra maravillas grandes, y la Soberana del Empíreo dispensa beneficios en abundancia á los que le usan.

¡Gloria á vuestro escapulario, Virgen carmelitana: eterno reconocimiento á vuestra inmensa bondad que con él ha querido favorecernos! Seamos por vuestro escapulario reconocidos ante Dios por vuestros siervos é hijos. Tengámosle como á un distintivo de honor á la faz de todo el mundo. Abroquélenos contra los tiros de nuestros enemigos visibles é invisibles, vístanos de virtudes, adórnenos de la inocencia, cúbranos con vuestra protección, y cúplase en nosotros que es señal de predestinación y garante de la bienaventuranza. Amen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO III.

Statuum pactum meum inter me, et te, et inter semen tuum post te federe sempiterno.

Estableceré entre los dos mi pacto, y haré con vuestros hijos una alianza, que permanecerá para siempre.

(GEN. XVII, v. 7.)

Si haciendo el elogio de la Santísima Virgen, y hablando de los hijos del monte Carmelo, me sirvo sin detenerme de las palabras consoladoras con que Dios habló en otro tiempo al padre de los creyentes, sin duda es porque sin creer á todo espíritu como aconseja el Apóstol, miro con desprecio aquella crítica orgullosa que llama al injusto tribunal de su capricho la célebre aparición, en que los hijos de los profetas, los ángeles del Carmelo recibieron de mano de María ese hábito de salud, esa librea de justicia, para vestirse ellos mismos y comunicarlo al resto de los fieles, como expresión de su benevolencia, defensa en los peligros, señal de salvación y prenda segura de una alianza, de una paz, de una unión indisoluble y eterna.

¡Pues qué! ¿no insultaría yo á María en el trono de sus glorias, no mancharía el brillante honor del respetable Orden del Carmen, no haría notorio agravio á vuestra piedad, y, por decirlo de una vez, no sería acreedora mi presunción á la justa reconvención que hacía Job á sus amigos: *Muchas veces he oído esas mismas cosas... ¿Cuándo tendrán fin esas palabras?* (1), si por un solo momento dudase de esta verdad? Ella ha sido confirmada desde su cuna con sucesos milagrosos, cuya memoria ha conservado á la posteridad una nube de testigos fidedignos: ella está marcada con el cuño de la Esposa del Cor-

(1) Job. XVI, 2 y 3.

dero, la que en el modo más solemne la bendice, la alaba con los términos más expresivos; y la recomienda á sus hijos, los convida, los insta á adornarse con esta santa divisa; y para atraerlos más eficazmente, derrama sobre ellos todos los tesoros de la divina misericordia: ella está recibida unánimemente en el órbe cristiano por gentes de todas clases, de todos estados, de todas edades, que en el espacio de más de seiscientos años han solicitado alistarse bajo las banderas de María, y vestir su precioso hábito.

Digo pues que vosotros sois, afortunados carmelitas, la generacion escogida, el pueblo santo, la herencia de eleccion, con quien ha celebrado María la más magnífica y solemne alianza. Si yo pretendo hablaros de este pacto de misericordia, no es por mostraros los distintivos de la verdad que le ponen á cubierto de la ilusion y del engaño: penetro á buena luz vuestra deferencia al culto religioso que nos ha congregado. Solo quiero instruiros en el fondo de esta alianza, en las ventajas de esta alianza, y en las condiciones de esta alianza. Quiero daros á conocer los caractéres que la distinguen, los bienes que trae consigo, y el modo de hacerlos dignos de ellos. ¿Por ventura podría yo elegir asunto más á propósito para estimular vuestra piedad? Ello es que en toda alianza debemos advertir el sugeto que la celebra, la utilidad de los efectos que produce, y las condiciones que prescribe; y á estos tres respectos mirará mi atencion: mostrando para vuestro consuelo, que en esta alianza, con respecto á su autor, resplandece la magnificencia; que con respecto á sus efectos, es infinitamente ventajosa; y con respecto á las condiciones que prescribe, nada tienen que no sea interesante. Magnífica en sí misma, útil en sus efectos, interesante en sus condiciones. La Madre de Dios es quien ha celebrado con el Carmelo esta alianza: en esto consiste su magnificencia, y es la primera proposicion. Todas las bendiciones del Cielo os vienen con esta alianza: esta es la utilidad que os resulta, y la segunda proposicion. Las condiciones que prescribe esta alianza son muy á propósito para obrar nuestra santificacion: este es nuestro interés, y la tercera proposicion. Solo resta saludar á la Santísima Virgen: A. M.

La idea más lisonjera con que pensó Moisés atraer así la expectacion del pueblo de su cargo, fué recordarle que el Señor le había escogido para que fuese su pueblo y su herencia peculiar. ¿Y no es esto lo mismo que ha hecho María con los carmelitas, cuando los ha escogido para que sean sus domésticos y aliados? Aplicaos, pues, á

descubrir el sello de magnificencia con que está marcada esta obra. Examinad la grandeza de quien la hace, penetrad la esplendidez con que la hace, y descubriréis en esta alianza, por parte de su Autor, una magnificencia de grandeza y liberalidad que forma el fondo de vuestra gloria, y os eleva sobre el resto del pueblo cristiano. Magnificencia de grandeza: ¿el que hace esta alianza, no es el personaje más digno de nuestros respetos despues de Dios? Magnificencia de liberalidad: ¿el amor y la benevolencia han omitido alguna cosa para exaltaros por medio de esta alianza? Se trata de vuestra gloria, y esto basta para merecer de vosotros una atencion toda nueva. La Santísima Virgen es quien ha celebrado con vosotros esta alianza. ¿Y quién es esta Señora? Apelo á vuestro testimonio, queridos cofrades. Cuando entrasteis en la sociedad del santo monte Carmelo, y escribisteis vuestro nombre en el libro de sus aliados, ¿no la mirabais ya como la obra principal del Criador, la más grande, la más excelente, y la más digna de nuestros homenajes? Esta es la idea que nos inspira la Iglesia, y querer formarse otra es una temeridad insolente. Los padres griegos y latinos nos la representan como una efusion brillante del esplendor del Eterno, cuya belleza no puede oscurecer ninguna mancha: como una criatura á quien el Hombre Dios dió un capital de gracia y de gloria, que no han recibido los ángeles y los justos.

Pues bien: la incomparable María fué la que dió el santo escapulario al general del Carmelo, S. Simon Stock, quien preocupado en sus propias desgracias lloraba las de su Orden, el cual, aunque muy célebre y antiguo en el Oriente, era el objeto de las zumbas en el Occidente. ¡Ah! ¡Días de trabajo y de amargura, vosotros os mudasteis repentinamente en días de paz y de alegría! No se destina un ángel del Señor para consolar á Stock, María misma se presta á sus votos y gemidos, y le asegura la permanencia de su Orden, y que Ella misma cultivará las sociedades desiertas, hasta verlas cercadas por la multitud de los que irán á buscar asilo en ella; y sin esperar á que Simon le pida una señal sensible de que Ella es quien le habla, alarga su mano bienhechora, le entrega el santo Escapulario, diciéndole: Recibe, hijo mío muy amado, este hábito de que hago donacion á tí y á toda tu Orden; por él sereis conocidos por mis confederados y hermanos. Es señal de predestinacion, de paz y de un contrato eterno. El que tuviese la dicha de morir con esta señal de mi amistad no será víctima del fuego eterno. ¡Qué gloria, qué honor, ser aliados de una Reina, cuya grandeza tiene tantos caracte-

res que la distinguen! Se glorian en el siglo de la amistad con los grandes; las alianzas que se contraen con ellos, lisonjean sumamente la ambicion; y llega el hombre á persuadirse que el barro de que se forman los cuerpos, y que es estiércol en casa de los plebeyos, viene á ser oro en la casa de los grandes. Dejemos desde luego á los amadores del siglo esa frívola vanidad que nos engaña con su fraudulenta brillantez. Nuestra gloria estable y verdadera consiste en ser aliados, domésticos y amigos de María, y esto es lo que nos eleva y engrandece sobre el resto de los fieles. Esta es la idea que se han formado personajes de todas clases, que han hecho y hacen gloria de alistarse en esta santa milicia.

No se contentó María con asegurar á los hijos del Carmelo que estaría con ellos y velaría por sus intereses, sinó que ha querido distinguirlos entre sus domésticos, y hacerlos como capitanes generales de los varios escuadrones que se someten á su dominacion; pudiendo así gloriarse los carmelitas, de que no ha hecho María con otros lo que con ellos. ¿Con qué otro se ha explicado con mano más abierta? ¿Qué ha dejado de hacer á favor de los carmelitas? En fuerza de esta alianza les ha dado el sér más glorioso, los engendró espiritualmente, y ha venido á ser su Madre en un modo muy particular. Y aunque esta adopcion es comun al resto de los fieles, se aplica con un extraordinario privilegio á los hijos del Carmelo, devotos distinguidos entre todos los devotos, Benjamines amados con preferencia entre los hijos de Jacob. Y sinó decidme; ¿en qué consiste que esta Mujer, verdaderamente fuerte, haya tomado tanto empeño en dar á conocer á los carmelitas que se haya encargado hasta de su vestido? Vosotros vendreis á convenir conmigo, en que quiso darles la prueba más auténtica de su cariño y de su especial maternidad. Si Dios vistió al primer hombre despues de su caída, fué para mostrarle que le amaba con la ternura de padre. Y esta fué la señal con que mostraron todo el fondo de su amor y la predileccion con que miraba Jacob á José, Ana á Samuel, y el Padre de familias al Pródigo del Evangelio. Y si proveer de vestido los padres á los hijos es expresion de su amor, ¿es necesario añadir otra cosa para manifestar, que los carmelitas son los hijos primogénitos de María, hijos por un doble título, hijos que gozan de una filiacion que, á su modo, tiene los privilegios de natural, ó, á lo ménos, los sumos Pontífices se han explicado en términos tan expresivos, que parece no pueden convenir sinó á los hijos por naturaleza? ¿Y hay algo que añadir? Si por cierto. Oid como discurre: si el vestido es la expresion de la ternura

y benevolencia de las madres, cuanto más precioso es el vestido, tanto más liberales son las entrañas amorosas que le han dado. Y este es sin duda el brillante carácter del hábito del Cármén. Vestido de hermosura que tejió la Mujer de los Proverbios: vestido con que se adorna la embelesadora Sion en los días de su triunfo: vestido de gloria, que anuncia el mérito del que le lleva: vestido tan magnífico, que solo pudieron labrarle las manos de María. Así se explican los Teófilos, los Granadas, los Cartagenas, los Brobios, los Marcancios. El catálogo de mil sábios que han prevenido mi pensamiento, me robaría el tiempo en que debo hablar de otro rasgo de la magnificencia generosa de María. ¿Y cuál es? haber honrado á los carmelitas con su propio nombre. Lo dicen en monumentos auténticos Adriano V y Leon X. ¿Y á qué fin sinó para manifestar, que ha explicado con magnificencia á favor de esta familia su poder, su gloria y su ternura? Ha querido que sean conocidos por su nombre, y que como el legislador de Israel, por él sean respetados de todas las tribus y naciones. Es necesario convencerse que han sido honrados hasta el exceso los amigos de María. Vosotros, afortunados hijos de Elías, aplicaos á penetrar el fondo de vuestra elevacion. Examinad el origen de vuestro pacto, y la mano que lo firmó, y engrandeced á María que os ha elegido por su pueblo en fuerza de una alianza magnífica por parte de su autor. é infinitamente ventajosa con respecto á sus efectos.

¿Os pretendo engañar prometiéndoos más del amor de María? ¡Ah! Que su amor, semejante á un vaso que no puede contener el precioso licor, se derrama por todas partes, ha traspasado los límites ordinarios para con esta dichosa generacion: á las glorias con que la ha elevado ha añadido una mediacion salvadora y muy particular. Mediacion que ofrece á los carmelitas los socorros necesarios para evitar los peligros que impiden una suerte dichosa: mediacion que les asegura una suerte feliz. Escuchad vosotros á quienes vuestra flaqueza ha acobardado, y quizá inducido alguna vez á desesperacion, oid y consolaos. Y no esperéis que en el día de vuestra alegría os pinte nuestra flaqueza con sus propios colores: el corazon demasiado elocuente dá un testimonio irresistible de que necesitamos un protector de poder y de bondad, que tome á su cuenta nuestros intereses, y que éste para los carmelitas es la Santísima Virgen en un modo muy particular. Ella ha empeñado su palabra por una solemne promesa, de ser para los que visten esta santa librea su estrella, su guía, su defensa en los peligros de su eterna salvacion. ¿Y qué le falta para

cumplir su palabra? ¡Ah! nada le es imposible en el Cielo y en la tierra. Añadid á su valimiento su amor y voluntad de socorrernos; Ella nos ama con un amor generoso, valiente, invencible, magnífico, pródigo, si me es lícito decirlo así. Solo espera que imploremos su favor. ¿Qué digo, espera? Se adelanta á nuestros deseos y previene nuestra voluntad. ¿Y podremos dudar de que nos ama?

Pues bien: si se interesa tanto por los hombres por haberlos tomado bajo una proteccion general, ¿se mostrará indiferente con aquellos á quienes ha obligado su palabra? María, fiel á sí misma y á sus aliados, emplea á favor suyo toda la extension de su poder, todos los artificios de su amor, á fin de encaminarlos por los senderos de la verdad, y romper las redes que impiden la consecucion de un fin dichoso. ¿Cuántas veces, como la prudente Sara, ha expelido de la casa de estos hijos de su amor las Agares y los Ismaeles, que eran piedra del escándalo? ¿Cuántas veces, como aquella otra sábia mujer que salvó á Nabul de la furia de David, los ha libertado de una mano asesina, que hubiera impedido un fin dichoso? ¿Cuántas veces, como la hija de Faraon, ha sacado á estos Moiseses de los furiosos torrentes de la tentacion? ¿Cuántas veces los ha libertado del frio de la tibieza, del fuego de la lascivia, del rayo de la ira, del relámpago de la vanidad, de las asechanzas del demonio, acobardado á vista de ese vestido doble que ha dado á sus domésticos? María, la grande María es para los carmelitas el tabernáculo donde se esconden de la furia de sus enemigos, la trinchera donde se reparten los despojos de Samaria y Damasco, que Ella les ha ganado. Y para que no dudasen de los desvelos de su amor y de la firmeza de su palabra consoladora, hé aquí, le dice á su siervo Simon, este hábito que te entrego, como señal que asegura mi proteccion. Así lo hizo Samuel con Saul. Había derramado sobre su cabeza la sagrada uncion, y le había asegurado que el Señor le había escogido para rey de su pueblo: esto lo conocerás, le dice, por esta señal: *Hoc tibi signum* (1). Así lo hizo Isaias por orden de Dios con un rey de Judá. No temas, Ezequias, le dice, no entrará en tu ciudad Senaquerib; el Señor te ha tomado bajo su proteccion, y hé aquí la señal de que es verdad lo que te digo: *Tibi hoc erit signum*. Algo más grande es lo que asegura María á los carmelitas; aquellos rocios del Cielo que humedecen la sequedad del corazon, aquellas bendiciones de dulzura que compungen el espíritu, aquellas luces que destierran las nubes de la ignorancia, aquellas

(1) I REG., 10.

lluvias de gracia que inundan, que fecundan, que ablandan, que consuelan; y el hábito que llevais es la señal de esta verdad. No temais las espinas que punzan al desgraciado hijo de Adán: no os asusten vuestros enemigos: los dardos de Senaquerib no entrarán en vuestro corazon, y este escapulario es señal de lo que os digo. Y en la hora de la muerte aliviará vuestros dolores, suavizará los trabajos, templará las convulsiones de la agonía: como iris de paz disipará vuestros temores: como Judith llenará de confusion al demonio: como la mujer de Tecue moverá con palabras de sabiduría el corazon del Eterno: como Rebeca os procurará la eterna bendicion; y como Betsabé os conducirá hasta sentaros en el trono de Aquel, que es más grande en su gloria que Salomon. Ella os ha elegido en fuerza de una alianza magnífica por parte de su Autor, infinitamente ventajosa en sus efectos, é interesante en las condiciones que prescribe. Veamos cual es la proporcion que éstas nos ofrecen para obrar nuestra santificacion.

Venid, queridos hermanos, subamos al monte del Señor, á ese monte de donde, como de Sion, ha salido la ley que asegura las promesas de María. Y ¿qué ley es ésta? ¿Qué condiciones prescribe? Voy á decirlas: que lleveis el santo hábito de María: que observeis los ayunos de la Iglesia, y la abstinencia los miércoles del año: que guardéis la castidad propia de vuestro estado, y rezeis cada día siete Padre nuestros con siete Ave Marías. En el cumplimiento de estas condiciones consiste que llenemos las esperanzas de María, y seamos admitidos á su alianza. Y en ellas ¿qué hay que no sea interesante? Por una parte, nos ofrecen poderosos motivos para desempeñar las obligaciones esenciales que hemos contraido con Dios; y por otra, la copiosa abundancia de bienes espirituales que sostienen nuestra flaqueza. Veámoslo. La obligacion principal del cristiano es, ofrecer á Dios sacrificios de adoracion, de alabanza, de sumision, y cumplir exactamente la ley, y á esto nos excitan puntualmente las condiciones de esta alianza. Si nos dirigimos á Dios por la oracion dominical y la angélica, le ofrecemos el sacrificio de nuestro espíritu; por el ayuno, abstinencia y castidad le ofrecemos el sacrificio de nuestro cuerpo; y si llevamos el santo escapulario dignamente, llenamos la plenitud de la ley.

Ello es claro que cuando unimos al corazon nuestros lábios para invocar á Dios con el *Padre nuestro*, se excita nuestra fé, se fortalece la esperanza, se acalora la caridad, y todo el hombre espiritual se mueve y eleva al Cielo por aquellas maravillosas ruedas y resortes donde el espíritu hace sus operaciones. Entónces ofrecemos un sa-

crificio de adoracion á Dios criador, fuente y principio de todo dón perfecto: á Dios redentor, á quien atribuimos el honor, el poder, la bendicion y la gloria; á Dios glorificador, que premia nuestros méritos, coronando sus propios dones. Le ofrecemos un sacrificio de alabanza, confesando que la grandeza y elevacion de María es obra de su diestra, que así quiso engrandecerla para que fuese su digna habitacion. Le ofrecemos un sacrificio de sumision arrojándonos á los brazos de su amorosa providencia. Por el ayuno, castidad y abstinencia ofrecemos el sacrificio de nuestra carne, y es lo que ordena María para instruirnos en el arte de vencer en las luchas del espíritu, y para que venzamos con fruto y sin trabajo esa ley de pecado que nos tiraniza, ese ángel de Satanás que nos mata. Obligacion desde luego interesante, y no lo es ménos la de llevar esa señal de honor con que somos conocidos por aliados de María. Ella nos estimula al cumplimiento de la ley. El ephod, ó espaldar, que se mandaba llevar al sumo Sacerdote en la antigua ley, era un recuerdo de lo que Dios mandaba; y segun la intencion de María, este mismo es el fin del santo escapulario. Llevarle sobre el pecho solo es el cuerpo de esta condicion: su espíritu es vestirse de Jesucristo y de María, dirigirse á Dios por las virtudes de esta soberana Virgen. Traerle sobre un cuerpo delincuente es simular que sois aliados de María, é intentar engañarla. Llevarle sobre un corazon dominado de los vicios, es aparentar la piel de una oveja dócil, y ser en el fondo del alma lobos carniceros. Estos son desertores de la milicia de María, la escoria y el oprobio del Carmelo. No, queridos hermanos, nó: esa señal os estimula á la pureza de costumbres, y á imitar á María, segun lo permite la condicion y el estado; por eso os exhorto en Jesucristo á que la grabeis en vuestro corazon; á que sea precursora de vuestros pasos; vuestra centinela cuando durmierenis, hablando con la Santísima Virgen cuando veleis.

Y no os acobardeis al oír estas condiciones. María franquea una abundante copia de bienes espirituales que robustecen nuestra flaqueza. No pienso acalorar la idea que ya habeis concebido del derecho en que entraís á la especialísima proteccion de María. Voy á hablar de las indulgencias concedidas á vosotros con tanta profusion, y de los méritos del célebre Orden del Cármen, donde María os permite entrar la mano. No es fácil señalar el número de indulgencias con que los Vicarios de Jesucristo han enriquecido á los cofrades del Cármen: hablar de algunos en particular sería rebajar el mérito de mi asunto. La historia, fiel depositaria de los sucesos, apenas habla

de algun sucesor de Pedro que no haya hecho á los carmelitas aquel dulce convite de Dios por Isaias: los que teneis sed, venid á las aguas; los que no teneis dinero, venid á comprar de balde el vino y la leche. Con estos socorros María os dá ojos para ver, manos para obrar, piés para buscar vuestro bien. ¡Qué estímulos, qué alicientes para empeñarnos en el cumplimiento de esta ley de clemencia que ha impuesto María á sus aliados! Nuestro interés nos obliga; pues en su desempeño se afianza la promesa de María, que el que muriere con esta santa divisa, no será víctima de las eternas llamas. Realicemos el título que tenemos de hijos de María, y entremos con generosidad en la alianza que Ella ha celebrado con nosotros; magnifica por parte de su Autor, infinitamente ventajosa en sus efectos, é interesante en las condiciones que prescribe.

Vos la establecisteis, Virgen santa, por un efecto de vuestras misericordias: prosperad vuestra obra: derramad la gracia de fortaleza sobre los corazones débiles, de ternura sobre los corazones duros, de terror sobre los corazones insensibles, de consuelo sobre los corazones tímidos, de resolucion sobre los corazones cobardes, de resurreccion sobre los corazones muertos, para que seamos fieles á vuestro amor, á vuestra ley y á vuestro pacto, y dignos de la eterna bienaventuranza. Amen.